

## DILEMA

Germán L. García

Cada uno de los historiales de Sigmund Freud tiene un protocolo de lectura donde se argumentan las extrapolaciones (por motivos de discreción) y las interpolaciones (de términos de la doctrina).

El historial, como el sueño, consta de esta doble articulación y al parecer por las mismas razones de estructura: la asociación libre que opera retroactivamente sobre el relato del sueño, la interpretación que incide sobre las asociaciones del analizante.

La estructura de ficción de la verdad —puesta de relieve por Jacques Lacan— es argumentada en diversos textos y en diversos momentos de las elaboraciones de la doctrina, hasta llegar a ese punto en que las construcciones se justifican por la falta definitiva de algo en la historización del sujeto por su palabra.

La paradoja subrayada por Sigmund Freud consiste en que a la vez que es necesario ocultar aquello por lo que el sujeto puede ser reconocido por un tercero, puede decirse lo esencial puesto que permanece oculto en la vida social del analizante.

De cualquier manera, el relato de un análisis genera unas ciertas modalidades —fue también Sigmund Freud quien habló

del inevitable aire novelesco de sus historiales de históricas— cuya explicitación no está resuelta. ¿Basta con decir que el analista, de cualquier manera, ya se encuentra allí? Como diría Humberto Eco, a propósito del novelista, seguramente identificado con el adverbio. Es decir, no es seguro que se encuentre allí donde se sitúa.

Conviene entonces escuchar de qué manera se cuenta un caso con *arreglo* a ciertos términos, cuando no para conducirlo a determinadas conclusiones. Más valdría lo que Sartre le proponía a Mauriac: si sabe dónde quiere llevarlos al final por qué no lo dice al comienzo y evitamos la lectura de una tediosa fábula. Si no se quiere objetivar, tampoco ilustrar, ¿cómo transmitir el movimiento de un análisis, ya que no la convicción surgida de ese mismo movimiento?

Melanie Klein en *Relato del psicoanálisis de un niño* tiene la virtud de mostrar, por una suerte de objetivación recíproca de los enunciados y las secuencias de enunciación, de qué manera dirige las cosas en cierto sentido. Ella introduce, y lo aclara a pie de página, los términos necesarios para inducir al niño a la *genitalidad*. Alega la falta de información del mismo, por lo que revela al mismo tiempo que se trata de intrusión.

Jacques Lacan, por su parte, presenta a Aimeé como alguien cuyos enunciados pueden develar su sentido en otro registro, aquel construido por los *postulados* que se supone que pueden dar cuenta del caso.

En la enseñanza de Jacques Lacan encontramos la posibilidad de una renovación de las dificultades del relato de casos, pero también es cierto que por el momento excede en mucho lo que podemos hacer sus seguidores —hecho que se demuestra por la necesidad de una *voz cantante*, por el encuentro precipitado de lo que se lleva con lo que se escucha—.

Elegí para la ocasión las primeras entrevistas con un hombre de unos cuarenta años que, previo acuerdo de la hora por teléfono, se presentó en mi estudio para decirme que las cosas le iban bien —en lo referente al trabajo y a su mujer—, pero que últimamente se encontraba muy nervioso. El término nervioso, en su extendido uso, *constata* algo del cuerpo e *instaura* algo que podríamos llamar interpretación. Lo que constata del cuerpo está afectado de una vaguedad máxima, lo que instaura es un carácter.

El sujeto a la vez que dice que *es* nervioso, *está* ahora más nervioso que de costumbre. ¿Cuándo empezó eso? Es nervioso desde siempre, pero la primera vez que lo percibió fue —hace de eso muchos años— cuando a causa de una devaluación general sus patrones cerraron y se quedó sin el trabajo donde había estado durante muchos años. Era amigo de sus patrones, como suele serlo cada vez que trabaja en un lugar.

Siempre ha trabajado en empresas de tipo “familiares” donde el trato suele tener estas características. Habla de sus nervios, suelen molestarlo por la noche y los fines de semana. Es decir, cuando no trabaja.

Cuando trabaja ocurre otra cosa, *está* ausente. Es decir, vive dentro de un dilema que ahora es el siguiente: ¿volverá a su país, se quedará aquí? Lo que lo llama a su país es la madre y los amigos. Y como si esto de la madre hubiese sido una confesión excesiva enfatiza lo de los amigos.

Ha venido a mí porque tiene *confianza* en que podrá tomar una *decisión*. Una decisión, dice, que no puede tomar “hablando consigo mismo”. Su ser dilemático, como sus nervios, no vienen de ahora: siempre que debe decidir le pasa lo mismo.

A veces hay que tomar decisiones. Por ejemplo, la decisión de trasladarse a este país la tomó su mujer. Antes hubo un traslado de país; como el sujeto tenía doce años la decisión fue de sus padres. Pero, para su sorpresa, junto con el traslado de país el padre los abandonó definitivamente. En verdad, nunca había estado demasiado en casa, puesto que por su trabajo iba y venía entre dos países.

Un poco sorprendido de haber llegado a hablar de estos recuerdos, niega que tengan importancia. No tiene ningún trauma, dice.

El dilema lo revela atrapado en el tiempo del Otro: así como su mujer decidió el viaje, es ella quién no quiere volver.

¿No te das cuenta —pregunta ella, por su boca—, que cuando estemos de vuelta allá tendrás añoranza de esto? Obediente, le parece una pregunta razonable, pero se atreve a objetar que eso no cambia las cosas. Por razonable que sea su mujer, sigue queriendo aquello: allá tiene amigos, aquí no los tiene.

La gente que conoce se cansa de su pobre conversación y de su cantinela nostálgica. Además, aquí trabaja en el mismo lugar que su mujer y no tiene vida propia. Elogia a quienes lo rodean —siempre son más que él— *pero* . . . el adversativo

lo conduce a lo opuesto de lo que afirmaba unos minutos antes.

La madre tuvo dos hijos de otro hombre y en la actualidad el padre viejo vive en la misma casa, aislado en una habitación del fondo. Nada de esto parece motivo de una preocupación especial, se comporta como cortado del pasado y del futuro. Incluso comenta que no le importan las películas que hablan de historia, tampoco las de anticipación. Le gusta el cine que habla de cosas actuales, por ejemplo una película que vió referida a los problemas de un hombre, una mujer y sus hijos. No tiene hijos porque nunca se le ocurrió, eso es todo. Con su mujer se lleva bien, *incluso* en la cama. Si bien ella tiene un carácter que lo pone nervioso, pero eso no pasa de una discusión común.

El entiende que es un hombre normal, con un carácter nervioso y ciertas dificultades a la hora de tomar una decisión.

¿De qué *real* surgen las cadenas de negaciones que abrochan ese discurso repetitivo, compuesto por pocas palabras, sin variaciones? Un cierto no querer saber nada con la historia del padre —con la paternidad, en general— aparece en la crítica que hace de un compañero de trabajo que dejó a la mujer y los hijos para dedicarse a las mujeres, las copas y la vida noctámbula. Para eso —dice— es mejor no tener hijos.

Además, se trata de cosas que *no* le ocurren, en tanto *está ausente* de lo que hace (trabaja de forma automática, pensando en otra cosa).

Una vez olvida el dinero, falta la próxima y por primera vez se pone nervioso frente a mí, al sentirse impulsado a dar una detallada explicación.

El dinero empieza a tener más lugar en sus preocupaciones, habla de que gasta lo que tiene y en esto se comporta de manera inversa a su mujer que le pide que ahorren para arreglar el departamento y vivir como la gente. Pero cómo no piensa quedarse le parece que no tiene sentido ahorrar, que prefiere tomar un café cuando tiene ganas, comprarse un buen equipo de música, etcétera.

En el gesto de pagar hay cierta molestia. Trae el dinero arrugado, lo extrae con lentitud, lo deja sobre la mesa. Una vez que le extiende la mano para que me pague se le cae un billete, lo que lo altera de manera particular.

Su indiferencia respecto a la variación del tiempo de las sesiones parece correlativa a su refugio en el tiempo de su mujer, ya que está casado desde hace una *eternidad* y nunca se ha planteado tener hijos.

El olvido del dinero, la posterior ausencia, precipita una serie de justificaciones: ha trabajado desde pequeño, ha sabido aprender de los demás. Antes le gustaba hablar, ahora quisiera escuchar algo. Subraya su pulcritud en el vestir, escucho el cuidado que pone en elegir las palabras.

La falta de respuesta a lo que no plantea como una pregunta parece inquietarlo. Vuelve sobre el tema de cómo le gusta escuchar y aprender de los que saben más.

Su mujer le ha dicho que me contara lo que le ocurre con las cartas de su madre. Algunas veces pasa días sin abrir una carta porque teme: 1) que su madre le reproche que le envía poco dinero, 2) que en esa carta se diga que su madre ha muerto.

No se percató de que dice que una carta de su madre traería la noticia de la muerte de la misma. El dilema ha cambiado de lugar. Ahora teme que desde el Otro llegue esta muerte eludida, al parecer, por la relación eterna con su mujer.

La crítica al deseo de su madre —el sujeto calla sobre el sexo, alude con pudor— llega mediante ese personaje al que detesta porque dejó a sus hijos y se dedica a buscar mujeres, a tomar copas, a divertirse. *No* es que le moleste, le parece mal. A partir de este momento es frecuente un lapsus con los géneros: se refiere a sí con el artículo femenino, algunas veces habla de su mujer usando el artículo masculino.

No se percató de esto, tampoco rectifica.

Un día llega con una decisión: cambiará de trabajo. Esto le sirve para descubrir lo mucho que sus patronos —de quienes se dice amigo— lo quieren. Los patronos siempre terminaron por ser sus amigos, se presenta como un trabajador pulcro y responsable.

¿Cómo llegó hasta mí? Una mujer, una mujer imposible —usa esta palabra— a quién le confiaba su problema de los nervios y su dilema le sugirió que se analizara. Esa mujer es una amiga a la que *no* desea. Pero ocurre que ella está por hacer un negocio con el personaje que descuida a sus hijos, sin duda porque es algo ingenua. Y además, esa mujer se comporta de una manera especial. Por ejemplo, lo invita un día a que se quede a dormir

en su casa, pero en otra cama. Lo hace de amiga, *no* con segunda intención.

Y una vez más, su mujer le revela algo: en una reunión sirvió siempre comenzando por la copa de la inocente. Sí, se había enamorado. Pero no era posible. Ella es sólo una amiga, además es de una condición social superior —pertenece a la serie de los patronos amigos— y se ocupa de él por bondad, no por otra cosa.

La demanda referida al dilema se articula aquí con la transferencia, el síntoma *nervioso* parece entrar en algunas permutaciones.

Sin embargo, como dice en alguna parte Jacques Lacan, es su huella como sujeto lo que está borrada. Si cada tanto entra en juego un personaje, una escena, algunos términos diferentes, predomina la ausencia de historia. El pasado se historiza con lentitud, un cierto manto de olvido sella los primeros doce años de su vida. La paternidad sólo fue nombrada en relación al de vida fácil que abandona a los hijos —como su padre lo hizo— y en conexión con su madre.

Mi decisión de aceptarlo en análisis fue la consecuencia de la aparición de esa carta mortal que llegaría de su madre y de la explicitación de la mujer imposible. Y esto, después de que me preguntara —ya al salir de mi estudio— si yo creía posible que resolviera sus problemas.

Al fin, un neurótico quiere saber de qué real es el efecto, qué malentendido sostiene su lugar en el Otro.

Se encuentra en este caso lo que Sigmund Freud llamaba “carácter obsesivo”, pero faltan los rasgos de la neurosis de ese nombre. Hay rituales, pero no compulsión. El dilema que ocupa sus pensamientos, que lo distrae de su trabajo, tiene el contenido de un ensueño diurno (recuerdos de lugares, de personas, etcétera). La obediencia del sujeto al deseo de su mujer carece de ese rebajamiento de la feminidad que suele aparecer en la neurosis obsesiva, junto a la otra figura idealizada. En definitiva, desearía hablar sobre las *modalidades* de una estructura, de las variaciones fenomenológicas de la misma.

Por mi parte, creo reconocer en el significante *nervioso* el  $S_1$ , el significante que permuta y resuelve la ausencia de otras palabras que harían la metonimia del deseo; y en el dilema el  $S_2$ , la manera en que este sujeto reduce el saber

del inconsciente a las coordenadas imaginarias de sus identificaciones.

Más allá, pareciera que esta relación a los patrones es ejemplar de cierta alienación que Jacques Lacan ha estudiado de diversas maneras a partir de Hegel. ¿Entonces los nervios no sustraen sino que imponen, las docilidades del sujeto al significante amo?

Por otra parte, la aparición de este amor plantea el problema de la identificación, tanto por el lado del ideal como la identificación del deseo al deseo.

En psicología de las masas el objeto del deseo se relaciona con la constitución del ideal.

En este punto enigmático, es difícil saber si el dilema del sujeto es el rasgo que conecta con ese vaivén del padre, hasta su prolongada ausencia. Lo cierto es que “está ausente” cuando piensa. ¿Cuál es su nombre como sujeto de enunciación cuando, ausente de los enunciados, trabaja de manera automática? Su apellido, que es el nombre de una avenida, no es ajeno a sus aspiraciones de codearse con los patrones amigos. En cuanto al nombre de su mujer, literalmente habla de un giro brusco. ¿En torno a qué se produjo ese giro que lo llevó al casamiento y a una prolongada fidelidad?

No me exigí responder a estas preguntas para decidir una entrada en análisis, me bastó con que la respuesta de su neurosis se convirtiera en una pregunta y la posibilidad de entrever cierta diferencia entre el síntoma, la demanda y la transferencia.

En la actualidad los nervios han producido cierto gesto ritual: de la puerta a la habitación donde lo recibo hay un pasillo. El sujeto, a mitad del pasillo, tamborilea los dedos, cortando en dos ese tramo. Y en el comienzo de cada sesión utiliza la misma muletilla: *quería decirle* . . . lo que, como subraya Jacques Lacan, dice bien a las claras que no lo dice. *Quería/decirle*. El uso del pasado amortigua el peso de lo que efectivamente dice y el *decirle* —decirle a usted— sostiene el circuito intencional que regula la posibilidad de decir y lo efectivamente dicho. “Que se diga”, no se trata de la memoria —dirá Jacques Lacan— sino de la existencia.

Que este sujeto viva en el tiempo del Otro que su mujer presentifica implica una anulación de la existencia que aparece como falta de memoria. Pareciera no tener un pasado, que su historia se redujera a su *carácter de nervioso*, pero

“lo dicho no anda sin el decir”. Y si lo dicho se postula como verdad a medias “el decir sólo se acopla allí por ex-sistir”.

No hay dicho sin el acto de decir. El que ha dicho “tengo un dilema” en el acto de decir se pone a merced de ese Otro cuyo dilema rechaza. Los miramientos para con ese Otro son correlativos a su destrucción. Pero ese no evita que, como en las sombras de la Odisea evocadas por Sigmund Freud, la transferencia no haga volver ciertas cosas a la vida. El sujeto descubre un amor *imposible*, ahora es su mujer quien lo pone nervioso.

BARCELONA, 28 de marzo de 1985